

EN LA ACTUALIDAD (1843-1855)

LIBRO CUARTO

PAUCA MAE

I

*
**

Pura inocencia, virtud santa, sois las dos eminencias del mundo, en las que crecen sin sombras y sin temor las dos palmas de los dos combates. Sirven de guía al extraviado navío; una es faro, otra es antorcha; la una esconde en su sombra la cuna y la otra el sepulcro.

*
**

*
**

La palma del combate con la ignorancia, y la palma del combate con la verdad; al través de su transparencia, el alma ve titilar esas dos claridades. Son en la tierra desafortunada, el principio de la línea del destino que termina en el cielo.

*
**

*
**

Sois sublimes, inocencia y virtud, hasta para la vista de los ojos apagados del malvado; en el espacio azul, vuestras dos cimas se destacan, una al Levante y otra al Poniente. Nos enseñan, a pesar de los velos y de la sombra que velan nuestra suerte, que nuestras almas en su compañía ascienden hasta la región estrellada.

de la dicha ; sal de nuestro hogar derramando una lágrima ; entra en el tuyo con la sonrisa en los labios.

En la iglesia, 15 de febrero de 1843.

Aclaran los problemas, predican el mañana ; son las supremas alburas que reflejan en el sombrío abismo humano.

4 DE SEPTIEMBRE DE 1843

III

TRES AÑOS DESPUÉS

Hora es ya de que repose ; tanto me ha abatido la suerte. No me habléis de otra cosa que de las tinieblas en las que nos dormimos para siempre.

Esa huella que nos guía, ese pie blanco que deja un rastro luminoso, ese pie rosado y desnudo es tu pie, amor.

Enero de 1843.

II

15 DE FEBRERO DE 1843.

Ama al que te adora y sé dichosa con él.—¡Adiós!—Sé su tesoro, como hasta hoy lo fuiste para nosotros. Pasa, querida hija mía, de una familia a otra ; lleva a ella la felicidad y déjanos el sentimiento.

¿Por qué impulsarme todavía a luchar? Terminé mi tarea y cumplí mi deber : el que trabajó desde el amanecer, puede ir a descansar antes de que anochezca.

Queñemos retenerte, pero el destino te conduce a otra parte ; hija, esposa, ángel, niña, cumple con tu deber : déjanos el pesar y llévalas la esperanza

A los veinte años quedé entregado a duelo y a la soledad ; mis ojos, inclinados hacia los céspedes del jardín, perdieron la dulce costumbre de verte a mi madre en la casa.

el éxtasis que me embriagaba de misteriosas claridades.

Mi madre sólo nos abandonó al morir, y ahora ya sabéis que busco en esta noche sombría a otro ángel, que ha desaparecido también como ella.

Esas claridades, luces de otras esferas, ¡oh Dios! ¿por qué permites que descendan hasta nosotros, para arrebatárnoslas después tan rápidamente?

Sabéis que vivo desesperado, que en vano me esfuerzo para combatir mi pesar, y que hoy lloro como padre, yo que lloré tanto como hijo.

¿Te imaginaste acaso que a fuerza de contemplarte perdía yo de vista a ese tierno y cariñoso ser, y que podías llevártela sin que yo lo advirtiera?

Mi obra no está terminada, decís vosotros. Como Adán desterrado, contemplo mi destino y comprendo que le he cumplido ya.

¿Te imaginas, acaso, que el hombre, sombra vana, pierde su humanidad si contempla demasiado el esplendor sombrío que se llama la verdad?

El ángel que Dios acaba de arrebatarme, amándome nada más, me ayudaba. Constituía la felicidad de mi vida ver que me miraban sus ojos.

¿Que puede herírsele sin que sufra, que el tedio mata su corazón, y que a fuerza de ver el abismo, no ve más que un abismo en él?

Si Dios no hubiera querido concluir la obra que me hizo comenzar, si quisiera que siguiese trabajando, me hubiera dejado mi hija. Me hubiera dejado vivir a su lado en

¿Que, estoico, se dirige adonde tú le envías, y endurecido para siempre, no gozando ya de alegrías en la tierra, no participa ya de sus dolores?

y que nadie venga a reanimar el sentimiento que llena mi corazón.

*
**

¿Imaginas que el alma tierna se abre a ti, para cerrarse mejor, y que los que más comprenden acaban por no amar?

*
**

¡Oh, Dios! ¿Has podido realmente creer que yo prefiriera en los cielos el rayo deslumbrante de tu gloria a la cariñosa mirada de sus ojos?

*
**

Si hubiera yo comprendido tus terribles leyes, si hubiera sabido que ni aun a los espíritus que te adoran concedes ni la dicha ni la verdad,

*
**

Antes que procurar levantar tus velos, y de buscarte con el corazón puro y triste, en el fondo de las estrellas, ¡oh, Dios sombrío en un mundo obscuro!

*
**

Yo hubiese preferido no ver tu faz, yo hubiese preferido, lejos de ti, seguir un camino penoso, pero ser feliz llevando a mi hija de la mano.

*
**

Ahora sólo deseo que me dejen tranquilo; que todo ha terminado para mí,

*
**

Me decís que es necesario que mi razón vuelva a despertarse; que tengo el deber de dirigir a las multitudes hacia brillantes horizontes;

*
**

Que en la época en que los pueblos se levantan, los pensadores tienen que cumplir su misión; que se debe a todo aquel que sueña, a todo aquel que ve

*
**

Que el alma que arde en fuego puro, debe apresurar con el resplandor que derrama, el adelantamiento sublime de la futura humanidad;

*
**

Veis que mis ojos se llenan de lágrimas, y descontentos de mí, queréis apretarme, como se sacude el brazo del hombre que duerme demasiado tiempo

*
**

¡Meditad lo que hacéis! ¡Ay! Quizá el ángel hermoso que he perdido, mientras me llamáis a vuestras ruidosas reuniones, tenga frío dentro de tu tumba

IV

Quizás livida y pálida diga en su lecho de piedra: ¿Es que mi padre me olvida? ¿es que no sabe que tengo frío?

*
**

Cuando apenas resisto a todo lo que recuerdo, cuando estoy destruido, cansado y triste, cuando oigo que me dice: —¡Ven!

*
**

¡Pretendéis que solicite, cuando tan terrible pérdida me amarga, los aplausos que siguen al poeta, los rumores que levanta el paladín!

*
**

¡Pretendéis que aspire todavía a deslumbradores triunfos, que anuncie a los que duermen el despertar de la aurora, que les grite: ¡Levantaos! ¡Esperad!

*
**

¿Queréis que mezclándome en la reñega, penetre en ella ante los valientes con los ojos fijos en las estrellas? ¡Oh, no!... ¡Mis ojos sólo se fijan en la hierba espesa que crece sobre las tumbas!

10 de noviembre de 1846.

LOS CASTIGOS.—14

En los primeros momentos se extravió mi juicio y lloré amargamente durante tres días. Vosotros a quienes Dios arrebató la más querida esperanza, padres, madres, que pasasteis por los mismos dolores que yo estoy pasando, ¿experimentasteis lo que yo experimento ahora? Quería romperme el cráneo contra las paredes, me rebelaba contra todo, y había momentos en que no creía en nada. ¿Por qué permite Dios estas desventuras sin nombre que conducen al mortal a la desesperación? Me parecía que era víctima de horroroso sueño, que mi hija no podía haberme abandonado de ese modo, que la oía reír en su cuarto contiguo al mío, que era imposible que hubiera muerto, y que de un momento a otro la vería aparecer en el umbral de mi gabinete. Cuántas veces exclamé: — ¡Silencio! ¡Está hablando! ¡Callad, que ya rueda la llave y va a entrar! ¡Tened paciencia! ¡Dejad que yo la oiga, porque seguramente está en alguna parte dentro de casa!

Jersey, Marine-Terrace, 4 de septiembre de 1852.

V

Tenía la costumbre, cuando era niña, de entrar en mi cuarto apenas se levantaba; yo la aguardaba como se aguarda el primer rayo de luz del día. Entraba y me decía: — ¡Buenos días, queridísimo papá! Me quitaba la pluma, abría los libros, se sentaba sobre mi cama, me desarreglaba los papeles y se

reía; luego, bruscamente se iba como un pájaro que pasa. Entonces, un poco más alegre, reanudaba yo el trabajo, interrumpido, y al seguir escribiendo, entre las hojas escritas encontraba muchas veces algún arabesco loco, que ella había dibujado, y muchas páginas blancas manoseadas, en las que, no sé por qué, estaban escritos mis mejores versos. Amaba ella mucho a Dios, a las flores, a los astros, a los jardines; era un espíritu antes de ser mujer, y sus miradas reflejaban la diafanidad de su alma. Me lo preguntaba todo cuando hablaba conmigo. ¡Oh, cuántas noches de invierno hemos pasado deliciosamente conversando sobre la lengua, sobre la historia y sobre la gramática; mis cuatro hijos agrupados en mi derredor, cerca de mí su madre y algunos amigos, platicando al calor del fuego del hogar! ¡Pasando esa vida era feliz! ¡Y ella murió! ¡Ay! ¡Cuando estaba triste, me comunicaba su tristeza, y se me veía melancólico entre la algazara del más animado baile, si notaba que la más leve sombra empañaba el brillo de sus ojos!

Noviembre de 1846, día de Difuntos.

VI

Vivíamos todos reunidos entre frondosas colinas, por las que corre el agua y en las que tiemblan las malezas, en la casa situada junto al bosque.

Ella tenía diez años y yo treinta, y constituía para ella el universo. ¡Qué aromáticas son las hierbas bajo los árboles frondosos y verdes!

Contribuía ella a que fuera próspera mi suerte, mi trabajo ligero y mi cielo azul. Cuando me decía: — «¡Padre mío!» mi corazón daba gracias a Dios.

Al través de mis innumerables fantasías, oyendo su voz alegre, se iluminaba mi frente en la obscuridad con la luz de sus ojos.

Tenía el aire de una princesa; cuando yo la llevaba de la mano, caminaba buscando incesantemente flores por la campiña y pobres por el camino.

Daba limosnas lo mismo que se roba, ocultándose a la vista de todos. Cuando ella poseía lo daba alegremente.

Por la noche se acercaba a mi bajito charlando en voz baja, mientras en los enrojecidos cristales chocaban las mariposas nocturnas.

Los ángeles la contemplaban, como prediciendo la hechicera juventud, y el cielo colocó en sus pupilas esas miradas que nunca mienten.

Siendo yo aún muy joven, apareció en mi destino; era el rayo de la aurora de mi vida, era la estrella de mi mañana.

Cuando la luna clara y serena brillaba en el cielo de la primavera, paseábamos por la llanura, coríamos por los bosques.

Después, sirviéndonos de guía la luz aislada que brillaba en la casa, regresábamos a ella por el valle, regresábamos alegres.

Hablábamos de los esplendores del cielo, y yo iba formando su alma como la abeja va elaborando la miel: era un ángel de cándidos pensamientos que volvía riendo y corriendo a casa... ¡Todos estos recuerdos han pasado como la sombra y como el viento!

Villequier, 4 de septiembre de 1844.

VII

Era pálida, pero sonrosada; bajita, pero de larga cabellera. Decía muchas veces: — «No me atrevo»; pero no decía jamás: — «Quiero.»

Por la noche me tomaba la Biblia para hacérsela deletrear a su hermana, y como apacible lámpara iluminaba otro joven corazón.

En ese santo y admirable libro se fijaban los ojos de las dos; en él una aprendía a leer y la otra a pensar.

Sobre la más pequeña, la mayor inclinaba la pura frente, como si fuera una madre, hablándola con ternura.

Diciéndola: — «¡Has de saber mucho!» y sin jamás nombrar al demonio, las manos de entrambas iban pasando página tras página a Moisés, a Salomón, a Ciro, que viene de Persia, a Moloch, y Léviatham, el infierno que Jesús atraviesa o el edén en el que se arrastra Satanás.

Yo las escuchaba. ¡Qué inmensa alegría al ver a las dos hermanas juntas! Mis ojos se embriagaban en el silencio con la inefable dulzura de las niñas.

*
**

Y en el gabinete desierto, donde encerrados los tres sentíamos entrar por la ventana abierta el hálito de las noches y de los bosques,

*
**

Mientras ellas leían con fervor los sagrados textos, sacando de ellos lo bello lo verdadero y lo justo, me parecía que oía cantar hosannas alrededor de nosotros, como en un templo, y ver en las manos de aquellos dos ángeles estremecerse el libro de Dios.

12 de octubre de 1846.

VIII

¿Quién nos tiene asidos? ¿Quién nos conduce? ¿Empujas tú, fatalidad, a los hombres? Habla, cielo; ¿el alma depende de las estrellas? ¿Cada rayo de luz que descende de las alturas es un hilo de sombra que ata al hombre a los soles?

*
**

¿Acaso en nuestros espíritus, que tienen la sombra por asilo, volverán a entrar los delirios de nuestros antepasados? ¿Seremos acaso los vivientes objeto de alguna controversia? ¿Querrá uno nuestra gloria y otro nuestro hundimiento? ¿Cuántos son en las alturas?

*
**

En otro tiempo, en el fondo del cielo, a los ojos soñadores de los magos, dos espantosos poderes aparecían en la obscuridad: ¿a cuál temer? ¿a cuál rezar? Los manes conmovidos, los pálidos Zoroastros, veían dos inmensas manos que mudaban de sitio los astros en el negro tablero de ajedrez del cielo.

*
**

¡Pensamiento terrible! ¿El bien y el mal desde la bóveda de azur están suspendidos sobre nuestras cabezas? ¡Dímelo, sácame de esta duda! ¡Esfíngame la palabra del enigma! Esta idea pesa sobre nuestros ojos que dormitan. ¡Dichosos los que de pronto se despiertan y de pronto mueren!

Vil'equier, 4 de septiembre de 1845.

IX

¡Oh, recuerdos, primaveras, amores! ¿Conocéis la colina que une Montlignón a Saint-Leu, y en ella una casa casi oculta en un bosque?

*
**

Pues allí vivíamos.—Oía yo por las mañanas cómo mi hija, tierna niña en la sazón, jugaba alegremente bajo la ventana; corría sin hacer ruido para no despertarme, y yo no abría la ventana para que no huyera.

*
**

Sus hermanitos jugaban y relan con ella... En la aurora de su inocencia todo cantaba meciendo sus frescas cunas; mi familia con la naturaleza y mis niños con los pájaros.

*
**

Cuando mi hija me oía toser, subía a mi cuarto, andando lentamente, y me decía con aire muy grave que había dejado jugando a los niños bajo mi ventana.

*
**

Que estuviese bien o mal peinada, que mi corazón estuviera triste o alegre, siempre la admiraba. Era mi hada, y yo me miraba en sus ojos.

*
**

Jugábamos toda la mañana. ¡Oh juegos encantadores! ¡queridos entretenimientos! Por la noche, como ella comprendía que era la mayor, me decía:— «Padre, ven!

*
**

Te traeremos tu sillón y nos contarás una historia.» Y yo veía brillar de alegría aquellas pupilas de ángeles.

*
**

Entonces, recurriendo a la imaginación, inventaba un cuento prodigioso, en el que yo sacaba los personajes de las sombras del techo.

*
**

Los cuatro, riéndose con el candor con que nos reímos a esa edad, veían en mis cuentos aparecerse gigantes estúpidos vencidos por pigmeos que tenían mucho ingenio.

*
**

Para ellos era yo el Ariosto y el Homero de un poema desarrollado de una vez; mientras lo refería, su madre, viendo reír a los niños, era feliz.

*
**

Su abuelo, que estaba leyendo en un ángulo de la estancia, algunas veces quitaba los ojos del libro para mirarlos, y yo, al través de los cristales de la ventana, entreveía un rincón de cielo.

Vil'equier, 4 de septiembre de 1846.

X

Mientras el marino, que calcula y duda, pregunta a las constelaciones su camino en el cielo; mientras el pastor con ojos de soñador busca desde el bosque el camino que sigue la estrella;

mientras el astrónomo, inundado de rayos, pesa un globo, que dista de él millones de leguas, yo busco en el cielo vasto y puro cosa diferente; pero ese záfir obscuro es un abismo sombrío, y de noche no se pueden distinguir en él los ropajes azules de los ángeles que se deslizan por el éter.

Abril de 1847.

XI

Vivimos, hablamos, vemos el cielo con sus nubes sobre nuestras cabezas; nos complace la lectura de los libros de los sabios antiguos; saboreamos a Virgilio y al Dante; vamos alegremente en carruaje a visitar algún paraje delicioso; la mirada de una mujer, que pasa por nuestro lado, nos hace estremecer; amamos y somos amados, felicidad de que están privados los reyes; oímos el canto de los pájaros en los bosques; al despertarnos por la mañana nos abraza toda una familia, la madre, la hermana, la hija; nos desayunamos leyendo un periódico; pasamos el día dedicándolo al trabajo, a la esperanza y al amor; llega la vida con sus pasiones turbulentas; dirigimos la palabra a tumultuosas asambleas; ante el fin que perseguimos, y que la suerte no nos deja alcanzar, nos encontramos unas veces débiles y otras fuertes, pequeños y grandes; somos ola entre el mar de la muchedumbre y áncora en sus tempestades; todo llega y pasa; estamos de luto o de fiesta; llegamos, retrocedemos, luchamos haciendo grandes esfuerzos... después, reina en nosotros el vasto y profundo silencio de la muerte.

11 de julio de 1846.

XII

EN QUÉ PENSABAN LOS DOS CABALLEROS EN EL BOSQUE

La noche era obscurísima y el bosque estaba envuelto en sombras. Hermán, en las tinieblas, me parecía un fantasma. Nuestros caballos galopaban al azar. Eran pesadas, marmóreas las nubes del denso horizonte, y a través del ramaje de los árboles volaban las estrellas como pájaros de fuego.

Me agobiaba la pesadumbre. Herido por el sufrimiento, en el espíritu soberbio de Hermán había muerto la esperanza. Me agobiaba la pesadumbre. ¡Amores míos, dormid! Al atravesar aquellas soledades, Hermán me dijo:—«Estoy pensando en los sepulcros que se abren», y le contesté:—«Yo pienso en las tumbas cerradas.»

Miraba él hacia delante y yo hacia atrás. Nuestros caballos galopaban ligeros al través de la arboleda del bosque; el viento traía hasta nosotros los sonidos lejanos de la campana, que tocaba el *Angelus*; él me dijo:—«Estoy pensando en los que arrastran dolorosa existencia, en los que son, en los que viven», y le contesté:—«Yo pienso en los que ya no existen.»

XIII

«VENI, VIDI, VICI»

He vivido ya bastante, puesto que en mis dolores camino sin encontrar brazos que me socorran; puesto que ya no sonrío a los niños que me rodean; puesto que ya no me alegran las flores;

Puesto que asisto impasible a la espléndida fiesta que a la naturaleza da la primavera; puesto que he llegado a la situación del hombre que huye de la luz y que siente la íntima tristeza que encierra todo lo del mundo;

Y puesto que se ha marchitado en mi alma la serena esperanza, y en esta estación de rosas y de fragancias sólo aspiro, hija mía, la sombra donde tú reposas; ya que ha muerto mi corazón, conozco que he vivido bastante.

Ya nada puede refenerme en la tierra. ¿Mi surco? Ahí está abierto. ¿Mi gavilla? Está formada. Viví sonriendo, de pie, pero inclinado siempre hacia el misterio.

Las fuentes murmuraban; ¿qué dirían las fuentes? Las encinas susurraban; ¿qué susurrarían? Los matorrales cuchicheaban como antiguos amigos. Hermán me dijo:—«Nunca duermen con sosiego los mortales; en estos momentos habrá ojos llorando y ojos en vela.» Yo le contesté:—«Y otros cerrados para siempre.»

Hermán añadió entonces:—«Los dolores son propios de la vida; los muertos son felices porque no sufren; envidio su fosa, en la que crece la hierba o sobre la que se deshojan los árboles, porque de noche los acarician los astros con sus dulces resplandores, y la claridad del cielo serena a un mismo tiempo a todos los muertos en sus tumbas.»

Yo le contesté:—«¡Calla y respeta ese profundo misterio! Los muertos vacen acostados a nuestros pies debajo de la tierra; los muertos son los seres que te amaron cuando vivían; son tu hija, tu padre y tu madre; no los entristezcamos con nuestras amargas ironías, porque como nosotros oímos en los sueños, ellos oyen lo que hablamos.»

Octubre de 1853.

*
**

Hice lo que pude; serví, velé, y vi muchas veces que causaban risa mis pesares, y me asombré de ser objeto de odio por haber sufrido y trabajado mucho.

*
**

En la cárcel del mundo, de la que nunca se abren las puertas, sin quejarme, sangrando, triste, agotado, sirviendo de escarnio a los forzados humanos, arrastré mi eslabón de la cadena eterna.

*
**

'Ahora, con los ojos soñolientos, sin volver la cabeza cuando me llaman, estoy lleno de estupor y de tedio, como el hombre que se levanta al amanecer sin haber dormido.

*
**

En el sombrío tedio en que vivo, no me digno responder siquiera a los envidiosos que me atacan. ¡Oh, Señor! abridme las puertas de la cárcel para salir de ella y para desaparecer.

Abril de 1848.

XIV

Mañana, al amanecer, en cuanto aparezcan los primeros rayos de la aurora, partiré. Sé que me estás aguardando.

Iré por el bosque, iré por la montaña; no puedo ya vivir más tiempo separado de ti.

*
**

Caminaré absorto en mi constante pensamiento, sin ver nada del exterior, sin oír ningún ruido, solo, con la cabeza baja, con las manos cruzadas, y el día para mí será noche.

*
**

No contemplaré la puesta del sol, ni las lejanas barcas que descienden hacia Harfleur, y cuando llegue donde tú duermes, colocaré sobre tu tumba un ramillete de acebo y de brezo en flor.

4 de septiembre de 1847.

XV

EN VILLEQUIER

'Ahora que París, con su empedrado y con sus mármoles, con sus tejados y con sus brumas, está muy lejos de mí; ahora que me hallo sentado bajo los árboles y que puedo meditar en la belleza del cielo;

*
**

'Ahora que voy dominando la aflicción que se apoderó de mi vida; ahora que siento que la tranquila paz de la naturaleza va penetrando en mi corazón;

*
**

'Ahora que, sentado a la orilla del mar, enternecido ante la vista del tranquilo y sublime horizonte, puedo examinar las profundas verdades y fijarme en las flores que tapizan los céspedes;

*
**

'Ahora, Dios mío, que acabo de adquirir la sombría tranquilidad de poder ver en adelante por mis propios ojos la fosa que oculta al ser amado, que duerme para siempre;

*
**

'Ahora que, conmovido por los espectáculos que ofrecen llanuras y bosques, valles y ríos, estudiando mi pequeñez y admirando vuestros milagros, recupero la razón ante la inmensidad,

*
**

'Acudo a vos, Señor, padre al que es necesario creer, y apaciguado ya, os entrego los pedazos de este corazón, lleno de vuestra gloria, que vos destrozasteis;

*
**

'Acudo a vos, Señor, confesando que sois siempre bondadoso, misericordioso y clemente, que jamás erráis en vuestras obras, y que el hombre no es más que un junco agitado por el viento.

*
**

Confieso que el ataúd, que se cierra para los muertos, nos abre el cielo, y que lo que en el mundo tomamos por término es el principio;

*
**

Confieso postrado de hinojos que vos sólo, augusto padre, poseéis el infinito, lo real y lo absoluto, y que hubo de ser conveniente que mi corazón manase sangre, ya que así Dios lo quiso.

*
**

No resistiré jamás a nada de lo que me suceda, pues comprenderé que así será vuestra voluntad. El alma de dolor en dolor y el hombre de playa en playa, ruedan hasta la eternidad.

*
**

Los mortales no vemos más que una de las dos fases de todo; la otra se sumerge en las sombras del misterio. El hombre sufre el yugo sin conocer las causas que lo ocasionan. Todo lo que ve es vano, inútil y fugaz.

*
**

Vos hacéis que el hombre halle siempre soledad apenas avanza en su camino, y no quisisteis que poseyera la certeza ni la alegría completa en el mundo.

*
**

En cuanto posee un bien, la suerte se lo arrebató. Nada se le concede en su fugaz existencia para que construya una morada y diga mientras viva: — «Esta es mi casa, este es mi campo, estos son mis amores.»

*
**

Sus ojos sólo pueden ver por poco tiempo; debe envejecer sin apoyo. Ya que esta es la ley de la vida, reconozco que debe ser justa.

*
**

El mundo es sombrío; su inmutable armonía tanto la forman los sollozos como los cantos; el hombre es sólo un átomo en esta infinita sombra, noche a la que ascienden los buenos y en la que se sumergen los malos.

*
**

Vuestra angusta serenidad no puede descender hasta el punto de tener piedad de todos los hombres, y no la perturba la muerte de un niño, que sume en la desesperación a su madre.

*
**

Yo sé que el fruto cae a los sacudimientos del aire; que el pájaro pierde sus plumas y la flor sus aromas, que la creación es una rueda inmensa que no puede girar sin aplastar a alguno;

*
**

Los meses, los días, las olas del mar y los ojos que lloran, acaban y pasan; es necesario que las hierbas broten y que los niños mueran, ya lo sé, Señor.

*
**

En el cielo, allende la esfera donde flotan las nubes, en el fondo de ese azul inmóvil y dormido, tal vez creáis algo desconocido, en el que el dolor del hombre entre como elemento.

*
**

Tal vez es útil para vuestros infinitos designios que seres hermosos y tiernos abandonen este mundo, arrastrados por el sombrío torbellino de oscuros acontecimientos.

*
**

Nuestros tenebrosos destinos están regidos por leyes que nada desconciertan y que nada conmueven. No podéis realzar súbitas clemencias que trastornarían el espíritu tranquilo del mundo.

*
**

Os suplico, Señor, que os dignéis leer en el fondo de mi alma y que os dignéis considerar que, humilde como un niño y tierno como una mujer, me postro para adoraros.

le es fácil conservar en su espíritu la calma diáfana de las estrellas.

*
**

Tened en cuenta también que desde tierna edad he trabajado, he pensado y he luchado, explicando la naturaleza al hombre que no la conoce, ilustrándole con la claridad que hicisteis descender hasta mí;

*
**

Que, desafiando los odios y las cóleras, cumplí en la tierra mi tarea, y que yo no podía esperar que me recompenséis dejando caer vuestro brazo de hierro sobre mi cabeza, ni que me arrebataseis mi hija prematuramente;

*
**

Tened en cuenta que el que es herido de muerte como yo lo fui, impensadamente grita y blasfema y os lanza imprecaciones, como el niño que arroja piedras al mar;

*
**

Tened en cuenta que cuando sufrimos dudamos; que el dolor acaba por cegar los ojos que lloran; que cuando el dolor nos sumerge en lo más profundo del abismo, no os vemos y nos os pedimos contemplar;

*
**

Y que cuando el mortal naufraga en la mar profunda de las aficciones, no

Ahora, yo que fui débil como una madre, me prosterno a vuestros pies ante la bóveda de azul y siento que ilumina mi amargo duelo la mirada bienhechora que tendéis hacia el universo.

*
**

Señor, confieso que delira el hombre cuando murmura contra vos, y he cesado ya de acusar y de maldecir, pero permitidme que lllore mi desventura.

*
**

Dejad que caigan lágrimas de mis ojos, ya que creasteis al hombre para que sufra los dolores de la tierra; dejad que me incline sobre la fosa fría y le pregunte a mi hija si echa de ver que estov a su lado.

*
**

Permitidme que hable a sus inanimados restos, a la hora del crepúsculo, cuando toda la naturaleza está silenciosa, como si a esa hora mi ángel pudiera abrir sus celestes ojos al oír mi voz.

*
**

Quando lleno de envidia recuerdo los días que pasaron, no hay en la tierra consuelo para mí, porque no se aparti

de mi memoria el cruel momento en que la vi abrir las alas y volar al cielo.

*
**

Estaré viendo hasta que se borre por completo el crudísimo instante en que, llorando en vano, exclamaba: — «¡ La hija que ahora mismo veía a mi lado, no la volveré a ver jamás!»

*
**

No os enojéis conmigo, Señor, si tengo presente siempre tan horrible momento; mi herida sangra aún; la angustia nunca me abandona, y mi corazón se somete a su destino, pero no se resigna.

*
**

¡ No os enojéis! En este valle de lágrimas, al llanto estamos sujetos los mortales, y no podemos fácilmente hacer olvidar al alma los profundos dolores.

*
**

Tenemos necesidad de los hijos, Señor, cuando en la mañana de la vida, entre las miserias y la sombra que proyecta nuestro destino, vemos aparecer la cabeza pura y risueña de un ser candido, tan hermoso, que nos da la ilusión, al verlo entrar, de que se abre para nosotros una puerta del cielo.

*
**

Cuando hemos visto durante diez y seis años, ir desarrollándose la gracia y el juicio de ese delicado ser; cuando era la alegría de la familia y de la casa; cuando era el único tesoro que nos quedaba de cuanto ambicionó el deseo, tened en cuenta, Señor, que es muy doloroso perderlo para siempre.

Villequier. 4 de septiembre de 1847.

XVI

LA MUERTE

Yo vi a esa segadora, cuando su inmenso campo recorría velozmente segando y destruyendo, como un negro esqueleto. En la obscuridad, en la que todo parece que se estremezca y que retroceda, seguía el hombre con la vista los destellos de su guadaña. Caían los vencedores bajo sus arcos de triunfo; convertía a Babilonia en un desierto, el trono en cadalso, el patíbulo en trono, las rosas en muladar, los niños en pájaros, el oro en ceniza y los ojos de las madres en torrentes. Las mujeres decían llorando: — «¡ Devuélvenos a los hijos de nuestras entrañas! Para llevarlos tan pronto, ¿por qué vienen al mundo?» Oíase inmenso y universal gemido en lo más alto y en lo más bajo de la tierra; manos con dedos huesosos salían de miserables lechos; frío viento rugía en innumerables sarcófagos; aterrorizados los pueblos por las persecuciones de la fatal guadaña, parecían espantado rebaño que huye; esa segadora

*
**

Ni que su madre, pálida y trastornada, haya visto llevar a su casa, envuelto en un sudario, a ese hijo, poco ha brillante como la luz del día y ahora yerto y frío, como lo dejaron las manos asesinas de la muerte;

*
**

No se dirá que murió de ese modo su corazón delicado y lleno de amor, que había entregado a mi ángel, al que siguió al cielo, sin que la voz del padre hablase de hinojos a ese ser que acaba de caer en la tumba.

*
**

Jamás se podrá decir que he callado al ser testigo de tanto amor y de tanta virtud, cuando me agobian innumera-

dora esparcía por todas partes el dolor, los sufrimientos; jamás se dirá que el espanto y la muerte; pero detrás de ella, un ángel con luminosa faz se sonreía llevando en las manos un haz de mis agradecidas estrofas.

Marzo de 1854.

*
**

XVII

CARLOS VACQUERIE

No se dirá que ese hombre en plena juventud se abrió con sus manos el horroroso féretro, donde mora la aborrecida sombra; ni que haya derramado en el abismo de la muerte, la dorada copa, llena hasta los bordes, de sus juveniles años;

*
**

El alma amorosa de aquel ángel se habrá estremecido de júbilo en el momento supremo de verse abrasado por tu fiel desesperación, y habrá visto con tierna angustia que tú te dirigías hacia ella.

*
**

Ya que fuiste tan amante y tan magnánimo, que en tu juventud, por cariño, quisiste dejar el mundo para reunirte con ella; que Dios vele siempre por ti en la noche en que estás sumergido, que te bendiga en la fosa donde yaces; ¡ duerme, hijo mío, al lado de mi hija!

*
**

¡ Bendito seas! ¡ Que la brisa y que los pájaros de los bosques canten al pasar por tu mansión sombría con su más melodiosa voz; que el manantial te llorare con sus gotas de agua; que las frescas campanillas se entrelacen en tu tumba, como una caricia de la naturaleza!

*
* *

Nadie iguala en la tierra y nadie supera en el cielo a los héroes sublimes que se sacrifican por el amor; el genio tiene fijas sus pupilas en los entusiasmos que le proporcionan los triunfos; pero los héroes del amor aventajan a los genios; el ángel vuela más alto que el águila.

*
* *

Dormid, sombras amadas, en la paz serena del sepulcro; dormid al arrullo de las movedizas olas, mientras el hombre vive lleno de inquietud y sufre los aquilones que lanzan a los vivos al través del destino, y a los marinos al través del oleaje.

*
* *

O, mejor dicho, ya que la muerte no es un pesado sueño, volad los dos en el resplandeciente abismo por los profundos barrancos de la dicha, en los que el justo que muere es como un sol levante, en los que la muerte es para ellos un lirio vivo, en los que llamea la espada del ángel.

*
* *

Huid, volad lejos de la obscura tierra, y franquead el éter luminoso con alas veloces; volad lejos de esta tierra, que es crudo invierno sin claridad, hacia la radiante y eterna mansión, en la que es golondrina el alma humana.

*
* *

Sombras ausentes y amadas, ya no veremos caminar por las verdes pendientes de las colinas y por entre los bosques frondosos, diciéndoos en voz baja frases de amor, en la estación de las canciones, de las lilas y de los nidos; ya no iréis sembrando sonrisas cogiendo flores;

*
* *

Villequier, Caudebec, y sus frescas llanuras ya no os oirán decir:—«¡Vamos, sopla el céfiro y el Sena está encantador!» Esos deliciosos sitios deben haberse quedado sumidos en la tristeza. Las atrevidas gaviotas ya no exclamarán:—«¡Es él!» Las flores ya no exclamarán:—«¡Es ella!»

*
* *

Dios, que cierra la vida y que abre el ideal, hará flotar eternamente vuestro nupcial lecho bajo la bóveda celeste que sostienen luminosas columnas; al arrebatarnos de aquí abajo os arrebatara al sufrimiento, y al privaros de los jardines llenos de flores, os traslada a los cielos llenos de astros.

*
* *

Os ha elegido Dios para aumentar las legiones de los espíritus puros. De la copa amarga, que no habéis catado, nosotros apuraremos hasta las heces, mientras nosotros vivimos gimiendo y vertiendo lágrimas, vosotros, embriagados

dos con vuestra mutua felicidad, vivís en celestial deslumbramiento.

*
* *

Vivid y amad, ya que poseéis la dicha interminable. Únicamente los án-

geles, que bendicen y que son benditos, saben el éxtasis y la felicidad que bajo los sagrados velos causa el eterno beso de dos almas que Dios de pronto convierte en dos estrellas.

Jersey, 4 de septiembre de 1852.

LIBRO QUINTO

EN MARCHA

I

A AUGUSTO VACQUERIE

Tú, que eres su hermano, sé el hermano de mi hijo; corazón digno que no temas la cólera del destino, sigue a mi lado el camino implacable de la vida, y que tu madre sea mi venerable hermana. Tu hermano duerme el sueño eterno, y nosotros, en la noche de nuestra malaventura, a la sombra del deber, caminaremos guiados por la luz que sale de su sepulcro. Llegará un día, cuando se estudie nuestra misteriosa época, en el que, conmovidos los soñadores, pasearán sus miradas, desde ti, representante de la abnegación, hasta él, que representa el sacrificio. Ocupamos el lúgubre edificio de la esfinge y tú, a su padre en el destierro. Estamos ligados a su mudo pedestal;

Bruselas, Marine-Terrace septiembre de 1852.